

antier se pudrió

felipe franco

régulo guerra salcedo





EL EJECUTIVO DEL ESTADO NUEVA ESPARTA,
se siente complacido en presentar al pueblo
venezolano, la presente edición, para su
distribución gratuita. Al hacerlo cumplimos con el
honroso deber de divulgar las obras que por su valor
literario, artístico, científico e histórico contribuyan
al fortalecimiento de la cultura popular.

palabras
para un libro de
régulo guerra salcedo

El medio, arenal espeso, ardido. Lejano el rumor del mar. Retorcido el camino hacia otros pueblos de angustias. Se ruega por la lluvia, y el hombre por costumbre o por rito, desmonta el pedazo de tierra que en algunas ocasiones se puebla de verdes y da frutos tardíos. Hay cerros pelados, calcinados, donde las nubes no se posan jamás.

El pueblo se amodorra de sol, de soledad y tristeza. Una vez al año, lo despierta el júbilo efímero de las campanas añosas de la ermita.

Obligado por las necesidades de la vida, el hombre abre el surco o se mete en el mar con trenes de nazas o como buzo de escafandra. O generalmente emigra empujado por el hambre, por la sequía, por la injusticia, por el anhelo de superación. Pero la angustia, la desesperación, quedan como en marcos de eternidad.

Otras veces puede ser un paisaje de sal, de mar abierto, de miseria total.

De esos medios se nutren la prosa y el poema de RÉGULO GUERRA SALCEDO. Hay un amargor de angustia en el fondo de su palabra, palpitante, lacerante, como el viento ardoroso y sofocante que arruma arenas y hojarascas en el centro del poblado; como latigazos, como espinas que se adentran en alma y corazón.

El pueblo, el verdadero, el sufrido, el irredento, está retratado fielmente en sus relatos, en fondo de verdad testimonial, en forma ágil, directa, novedosa.

Por sobre las líneas pasan rostros, figuras, ruegos, verdades y desdichas, con la genuina expresión de quien lo dijo, de quien buscó y sintió consuelo en la brusca explosión de la amargura.

Este joven escritor nuestro padece y siente por su pueblo, lo eleva en símbolos, lo canta, lo eterniza, lo pone a caminar en su mensaje.

RÉGULO GUERRA SALCEDO, nativo de Los Robles. Que vio la luz el 4 de febrero de 1943. Que es Bachiller en Humanidades con estudios universitarios que truncó la pobreza. Que ha sido y es Profesor de Secundaria en varios pueblos de Oriente, tiene otros testimonios de su quehacer constante, de su desvelo, de su inquietud: LOS DÍAS INCIERTOS, SUEÑOS COMO DE LLUVIA, varios trabajos sueltos en páginas de diarios y revistas. Los demás en búsqueda del libro.

Nosotros sabemos que va al frente —brújula y bandera— de la nueva generación de intelectuales insulares. Sincero en el mensaje, valiente en la denuncia, cincelador de imágenes, artífice del vocablo y del gesto, con vigoroso aliento poético que despierta y nutre la sensibilidad del lector.

Sabemos que no es de miel ni de espumas ni de rezos su canto, sino de fuego o pesadumbre, de salitre o de limo, de injusticias, de fangos, de maldición. De verdades. Porque el escritor y el poeta no teme a la verdad de la palabra. Así son sus historias. Y la historia del hombre está en dejar su verdad por los caminos...

ROSAURO ROSA ACOSTA.

Julio de 1976.

Independientemente del veredicto, el jurado recomienda la publicación de los siguientes cuentos:

I

ANTIER SE PUDRIÓ FELIPE FRANCO

Arturo Uslar Pietri

Miguel Otero Silva

Adriano González León

—El Nacional, Caracas. Agosto de 1973.

ANTIER SE PUDRIÓ FELIPE FRANCO

El saltaperico le reventó la madre, la envenenó, le escoñetó la cría.

Y ella riéndose.

La cría se le salió suavemente, vomitando azul por culpa de las siete putas, las siete plagas que invadieron la Península, maldición capuchina un día, cualquier día a las doce y entonces vino el llanto, la sal en los sentidos y ella riéndose con la piel huyendo y lo mismo la sangre.

El veneno azul —triste azul— le secó los días, le sacó de cuajo la claridad del hijo, el amarillo pálido.

Esta tarde la traen si acaso logran que no bote más sangre de la horrible, si acaso Araya tiene agua para lavar ese pecado tan antiguo, si acaso tiene luz.

El saltaperico le vació los ojos al muchacho que pudo haber recorrido el camino hasta Manicuaire, los caminos oscuros del pobre Manicuaire.

La enterraron y ella riéndose de las siete putas y del hombre sin voz, inútil. Ella le echó la culpa al viento y que la noche la jodía, que el sueño y ese disco y ese hombre.

Esta tarde la traen si acaso a la Polar le pagan treinta bolos o a Juan. El saltaperico tenía uñas y ella nunca soñó con eso. Ella soñó con cubrecamas tejidos de horizontes, pura risa y espuma. Soñaba con el pez que nadaba en su entraña, con muerte no ¡qué bárbara!

Ahora los murciélagos vinieron de La Guaira, ahora el amor es un sollozo hondo.

Esta tarde la traen si acaso la brisa tiene sueño, si acaso la bahía es un espejo, una sábana azul —tejido de pastillas azules— si acaso las gaviotas no se mueren de angustias o de sed.

Si acaso hay algo de verdad en el perdón de los pecados. Si hay vida perdurable más allá del mar. Si acaso la herida es una garza perdiéndose en aquel lagrimerero.

Ya la embarcaron y sigue riéndose la muy bárbara, con la hiel por el suelo de tantos coñazos, dijo Orlando, que me trae las cervezas un poquito calientes.

El saltaperico le dejó frío los ojos verdes y los cabellos amarillos. Los alcatraces andan por Taguapire con el espanto en las plumas. Los zamuros anduvieron planeando, por la escuela, oyendo voces y de repente se fueron al hotel.

Los alcatraces deambulan insomnes.

Dejó una carta metida nadie sabe dónde que dice querido amor las presentes líneas son para decirte que antiernoche me insultó ella. Me escupió la cara y dijo que cuando me matara iba a ir a mi entierro vestida de rojo y bailando la murga. También para decirte que este embarazo me duele mucho y que si acaso me mato me esperes a las seis de la tarde del sábado. Me esperas. No es que te vayas a beber cerveza y no te acuerdes. Yo sé cómo eres tú cuando te tomas una a que Angito Rodríguez o a que Loña. Después de ahí te vas pa' rata muerta o pa' la jungla. Me esperas. Mira que ya compré los saltapericos. También para decirte que me dijeron que iba a ir para allá un autobús con setenta putas jovencitas a conocer el Castillo.

“Y yo soñando que paría en el hotel unos muchachos grandes y tú apagando el aire. El primer golpe lo sentí en el pecho.

Los alcatraces se están comiendo todos los peces muertos de julio-agosto-setiembre”.

Y que dejó otra carta que dice querida y siempre recordada madre, antes de todo quiero que me bendigas y más nada. Perdóname lo que hago. Ata mis huesos, madre con cualquier cinta de mariposa, madre mía y las flores del patio que sembré la tarde de mayo, perdón yo sé, tus años los dejaste, tus años se fueron en el trajín ese de cargar los sacos, tantos años y sol y las puntadas y la llaga grande, yo que no supe agradecer el sacrificio de comer agallas, bailar hasta las cinco con ese frío y desnuda huérfana de tí, mi madre sin cansancio. Puedes ponerle luto a la laguna, estoy temblando. El me deja para siempre reventando cohetes en un pueblo sin luz, esas estrellas que veo tan cerca. Ata mis huesos, madre como dice ese disco...

El saltaperico le puso cinta negra a su retrato, le sepultó la angustia, le reventó el deseo, pero ella riéndose y el saltaperico le puso cinta negra a su miseria. Querida madre la única solución era acabar, la vida sabe a pólvora y no llueve. A leña seca y humo sabe, yo me acuerdo que usted corría de patio a patio...

Cuando ya la ceniza del último cigarrillo caiga sobre la última bocarada de aliento del hombre que se despertó una madrugada con el sexo muerto y no pudo decir por ejemplo que la tierra de Araya serviría de estandarte.

—Siéntate. Déjame decirte que los ojos pueden ser muchos, pero con tal que vean. Resulta que cuando esa gente llegó yo estaba en el rezo de la hija de Felipe Franco. Yo venía del rezo y se fue la luz. Entonces sentí el ruido de un mosquero, como que las uñas me estuvieran creciendo entre piedras de arena.

Por eso te lo digo, ella anda con las tetas hinchadas y no es por nada pero la han visto saliendo del hotel. Tú sabes cómo es, esos hombres que vienen quieren tener de todo, se les importa poco morir como aquel otro que lo encontraron más tieso que un cuchillo.

Como te iba diciendo, se fue la luz, pero cuando el ruido se fue la luz digo pasó un camión de la empresa. Entonces fue cuando los perros me tumbaron y primero yo quería gritar pero comenzaron a pasarme sus lenguas calientes por las piernas y yo las abrí de pendeja y me entró un frío de dientes en la parte y yo dejé que me mordieran, después me ardía y sin poder gritar. Sentía la sangre y voces y gente que corría en la oscuridad, pero los perros no se iban.

Al día siguiente yo estaba muerta y me caminaban por los cabellos los hijos pegajosos de los perros, un montón de hijos ladrando de hambre, sucios. Era verdad, yo estaba muerta porque el sol era frío como huesos y uñas de hombres ciegos. Y en mi parte abierta, que era un tizón ardiendo, comenzaron a tejer las arañas una tela que el viento sacudía.

Felipe Franco llegó cubierto de ceniza y de sed, sin ojos y sin manos. Se estaba bebiendo la cerveza por la nariz y oí que le decían, usted tiene tres días llegando tarde, así que mañana puede ir a mamarse la leche de la laguna.

Y Felipe se quedó tieso y como no tenía manos se puso a llorar por la boca para que le dieran un chance en vigilancia.

¿A quién puedes vigilar tú, Felipe Franco? Tú no tienes ojos y no hay luz, no tienes manos. ¿Entonces, Felipe?

¿Me entierro yo mismo? No tengo manos y no tengo ojos. ¿Me pueden enterrar ustedes?

¿Para qué Felipe? Quédate... Púdrete, que la ley dejará que te pudras, total no tienes ojos y podemos taparte la nariz para que el olor no te llegue al cerebro.

¿Y mis hijos?

A Juan Patiño le quitaron los labios y el cabello. Llego pidiendo unos diítas.

Tú no tienes labios Juan Patiño y cuídate porque mañana a lo mejor te mueres. La gente que no tiene labios, ni tiene lengua, ni tiene voz se muere Juan, se muere cuando sea.

Pero unos diítas. Nada Juan. Si por lo menos tuvieras, qué sé yo, alguna vaina de esa, una constancia.

Beltrán Pereda dijo que Araya tenía pacto con el viento y que la noche estaba enferma de gallos. Beltrán era más loco que Sebastiana. Sebastiana mataba las hormigas con los dientes, amamantaba perros viejos y decía que el sol la emborrachaba.

Señora Sebastiana perdone las molestas agame el favor prestame bs. 4, es para comprarle comida a los niños, es que no tengo nada quedale de comer mañana, en lo que le balla alabale se lo pago, no tenga desconfianza es que no tengo nada quedale, del valle maría”.

Sebastiana iba entonces y le decía un montón de groserías a María del Valle Salmerón. Tú no te acuerdas María Salmerón, cuando tu hermana largó las entrañas en la playa y las entrañas de tu hermana tenían la sal pendeja? ¿Tú no te acuerdas, Chepa, cuando dejaste los talones en la sombra de la culata y aquel sangrero que te ensuciaba por detrás y a nadie le decías nada?

Ojalá te pudras Felipe Franco.

Detrás del Castillo, detrás de las noches con estrellas sin sueño. Ojalá levanten los perros los huesos de las víctimas y los hijos de tus víctimas puedan golpear el viento que seca las pupilas.

Es lo que quiere el pueblo Felipe, lipe, es lo que pretende, que te vuelvas polvo y el viento te lleve y la lluvia. Y la lluvia. ¿Tú no la conociste, verdad? Ahora llueve. Agua sin amarguras, como que uno viniera cayéndose del cielo.

Llueve, Felipe. Ese peregrinaje de las nubes, ese sucesivo quedarse o en donde se le antoja a la penumbra.

Por eso tu pudrición dará lástima, dará dolor, dará cierta vaina que tus manos y tu esperma se vaciaran en el vientre indeciso de la tierra, lipe. Felipe Castillo, lipe lirio sal de la empresa. Por eso en la tumba que te hicieron los que nunca sueñan, sales Felipe y miras que no hay lluvia, que a veces cualquier gota se desmaya y lastima.

Por supuesto que ya tienes unos cuantos días muertos, siempre muerto, sin resurrección posible.

Te saliste del sindicato o te sacaron y saliste diciendo que acatabas unas leyes absurdas, vacías. Lloraste remendando súplicas, así como rezando, como intentando salpicar de lágrimas la red más inmensa, la vida tuya, pura orilla mordida, lastimada por colmillos de perros.

Lloraste y ni el polvo, ni el viento pudo condolerse de tu historia. Esa historia que cuenta Sebastiana Pereda cada vez que le cantan los gallos en sus patios distantes. Esa historia que reza Sebastiana Pereda cada día, ese tropel de su memoria absurda. Que antier se pudrió Felipe, lipe-lirio, lirio de no se sabe dónde, lipe-tempestad. Lo dejaron pudrir sin tocarle campanas, sin

llorarlo, sin nada y eso que tantas noches y eso que tantos días y eso que tantas horas trabajó por su pueblo, por su fogón, por sus matas enfermas, por tantas cosas...

Lipe nunca tuvo tiempo de pensar en su muerte. A lo mejor creía que era como un escalofrío vertical, como una noche sin las caricias de su pobre mujer de Tacarigua, donde nadie quería morir hasta que no lloviera alguna vez, donde hay un cementerio pobre de muertos pobres y de flores y de gotas de agua y de huellas y de hierbas y de putas y de ladrones y de mármol y de vírgenes y de rezos y esperma y luz y santos y humo y raíces y ceniza y de pájaros.

Nadie quiere morir porque ama la espuma y el viento helado, presagio de garúas, porque esperan alguna retahíla de pétalos, algo así.

¿Dónde tengo yo los ojos, Sebastiana Pereda?, preguntaba él. Yo tengo los ojos en el pelo, en la raíz del pelo, en la nuca. En el cerebro en las espinas en la voz. Sebastiana porque cuentas las páginas, las piedras de la playa y te ríes y tus dientes son blancos y eres bonita. En Guayacán tengo yo los ojos, Sebastiana, en la tierra gris porque eres mala Sebastiana y te ríes de mí porque soy ciego sin saber dónde tengo las pupilas, la niña, las pestañas, las cejas a lo mejor guardadas en el fondo de un cementerio y no veo y no tengo miradas y no hay luz, no sé nada no puedo entender por qué soy ciego, por qué te ríes de mí, de mis sentidos, yo tengo los ojos en el tiempo en la carne en el salitre y por eso te digo, te suplico, te ruego que no te rías.

Cuenta bien mis años, Sebastiana, las páginas en blanco de mi vida, siendo niño jugaba en Guayacán a madurar cerezas muy temprano, porque el viento apaga los colores de la tarde y siendo niño todos los pájaros caían con el sol y dormía recostado de los manglares y soñaba con los lirios que llevaban las monjas en las manos y la sangre y los gritos de una mujer enferma de hambre y yo con el susto me despertaba llorando.

Después me vine por las quebradas secas siempre solo, siempre preguntando por mis ojos mis ojos mis ojos sin nadie hasta que me encontré contigo y con Beltrán Pereda y con Juan Patiño y les pregunté dónde estaba y se rieron de mí, no tuvieron piedad de mi inocencia,

Cuenta bien esas páginas, esos jazmines de muerto que de nada me valen, vela por mí Sebastianita que yo estoy solo en este pueblo donde nadie me quiere, donde el viento se llevó mis ojos para siempre y dónde están nadie sabe, nadie sabrá jamás dónde están presos, dónde lloran, donde miran el mismo miserable trayecto.

Ayúdame tú María del Valle que cantas, pero tampoco sabes dónde descansan tus ojos. Tú puedes, yo lo sé, lo pienso porque tenemos la misma edad del viento, condenado a pasar eternamente hablando del deseo imposible.

Que no me ayude nadie a encontrar los ojos. Nadie. Cuando yo encuentre mis ojos crecerán muchos ríos en Guayacán. Voy a correr por las quebradas húmedas, va a correr por mis arterias el agua que madura las cerezas, voy a crecer hasta alcanzar el límite. Cuando yo pueda al fin rescatar la mirada quitaré las telarañas que están en los sentidos. Aquí nadie tiene los ojos en su sitio. Todos aquí son ciegos y por eso se ahogan. Yo digo que nadie tiene derecho a robarnos los ojos, la voluntad.

¿Dónde tengo mis ojos, dónde tenemos nosotros los ojos Sebastiana Península?

Felipe nunca tuvo bolas suficientes, las tuvo como humo en los cardones o no las tuvo o volaron con sus sueños a otros lugares distintos del mar de Araya.

O era otra la historia de los miércoles. Esa de que un día, ella no sabía cuál, Felipe se quedó dormido para siempre contando penas y luceros que no salían de noche, que no podían. Y en su sueño lo cubrieron de infamias y mentiras. Felipe se murió de tristeza, se pudrió de nostalgia, se enfermó de silencio, la sed se le clavó en el alma, lo ahorcaron, le patearon los sentimientos buenos.

Y en el quicio de su primer amor, del primer asomo del amor, del primer polvo, vinieron las hormigas a llevarse las hojas que cayeron en agosto, los lirios, los abrojos que nacieron lejos de la pila del cementerio, del agua que se murió porque se murieron los demás, los que no tenían por qué morirse siendo machos.

Ese amor del quicio lo gritó él muchos años después cuando su mundo se redujo a beberse las lágrimas.

Otra era la historia de los jueves y a lo mejor la misma de los viernes. Los sábados amanecía Felipe preguntando por sus dientes de oro, renegando de Dios y de los santos, pasando frente a la puerta del perdón sin persignarse, diciendo que era enemigo de las falsas raíces porque el hombre trepaba por ellas y que la historia de los pueblos debía ser la historia de cuanta angustia se pega de la piel y que la historia de la hierba que crecía en los pueblos era una historia falsa.

Cualquiera de estos días —repetía sin cansarse— amaneceremos muertos de sed y en los sueños comenzarán a tejer las arañas los gemidos de todos los enfermos que se quejan de frío y fiebre y náuseas porque no hay voluntad.

Los domingos, no se le olvidaba la noche en que estaban —por fin— en la cocina y ella gritó me muerdo y no se murió porque a casi nadie le gusta morir. Cuando salieron a la luz, ella tenía un sangrero en las rodillas. Lipe

le dijo entonces que él no tenía la culpa de su sangre y ella le dijo que Dios estaba arriba y castigaba con un dedo larguísimo. Yo conozco la profundidad de esos castigos, dijo él.

Ojalá que la sangre de esta noche la lleves para siempre en la conciencia. Las manos de los hombres andan sembrando cruces por el mundo, le dijo Lipe.

Una tarde le preguntó a la arena: ¿el mar tendrá los años que tiene la esperanza? Y otra tarde se le antojó decir en todas las tumbas: aquí descansan muchos deseos absurdos. Sebastiana Pereda ¿son pocos los que se salvan? Porfiad a entrar por una puerta angosta. Muchos procurarán entrar.

Sebastiana, ¿por qué son semejantes las camas vacías y flores marchitas? No lo sé, Felipe, reparad los lirios del camposanto, como crecen, no trabajan, ni hilan.

Los lirios de este pueblo tienen muchas lombrices, tosen mucho de noche, lloran.

Dejaste aquel vacío en la arena, Felipe Santiago. Dejaste aquella arena sin tus huellas y sin canto a los gallos y sin vuelo a los pájaros, sin epitafio tus historias, dejaste dicho tantas cosas que no pueden oírse, ni decirlas nadie porque le tienen miedo a las palabras.

Dejaste aquel entonces sin mañana, las mañanas sin entonces, las horas sin grillos, el viento con un toque de queda oloroso a disparos.

Dejaste sin sueño a tus hijos, sin dueño al solar que agoniza entre zamuros, sin perdón a tus jefes, sin eco tus denuncias.

Hoy se pudrió Felipe Franco. Nadie ha dicho una sola palabra. Nadie sabe que su hediondez estuvo pegada de los palos desde la noche en que no pudo más mantener los ojos abiertos a las sombras, la noche en que las sombras lo volvieron fantasma, le arrebataron el espíritu, le pusieron a Dios en el chinchorro para que le contara sus pecados. Padre nuestro, ayúdame a morir, ayúdame a bien morir.

Felipe no podía morir, no quería encontrarse con los falsos profetas. No sabía morir, no entendía cerrar los ojos.

Desde antier los cerró para abrirlos cuando se encuentre con los terrones de Dorotea, santificados sean sus nombres y bendito es el vientre de la laguna.

Los jefes creen que las vértebras están hechas de viento, y uno no sueña. Para verla cuando ella se despierta y habla y canta a pleno pulmón esas canciones viejas y olvidadas, esas que hablan.

Para abrirlos cuando naciera nuevamente y ver entonces las mismas injusticias sobre su tierra ácida, los meses de octubre con sus estrellas altas y el agua sin querer caer nunca en Tacarigua. La inmensa Tacarigua del llanto por tantas y tan antiguas cucarachas. Dejaste luto en las escasas mariposas sin vuelo. En la totalidad de las hojas y a las brasas perdidas más allá de todos los silencios y de todas las ruinas.

Aquí se pudrió un hombre hoy y nadie está rezando porque es mentira la muerte.

¡Aquí se pudrió un hombre! y ¿dónde está la bandera? Aquí se está pudriendo un hombre y mil hombres se pudren en este territorio y dónde están las banderas, ¿dónde?

Por el alma de Felipe Franco se ofrecen las almas buenas. Quedios los que de p
enasy lodejedescansar.

Desde antier los cerró para abrirlos cuando Dorotea levante su voz más peregrina que pájaro de Araya y viva sin importarle a nadie, a nadie más que a él, fiel a sus recuerdos de noches mejores, a las despedidas, las mañanas sin sed. Para oírla cuando diga: Están seguros, muchos están seguros de la inmortalidad, pero sucede que los pueblos andan vigilantes, escondiendo el llanto cuando se va la sal. Los terrones se fugan y Dorotea de Franco grita a todas horas, furiosa porque una vez le prometieron un montón de ganancias, pero se quedó abriendo y cerrando los ojos, diciendo desgraciados, desgraciados, desgra... la muerte, la otra vida que mientan con sarcasmo los poderosos, tigres, tiburones, truhanes, torturadores, engañando pero resulta que Dorotea de Franco vive y dijo que nunca se cansará de escupir sobre el engaño.

El segundo hijo de Felipe Franco trajo la razón del camino. Así decía ese que ahora pudre. El canto de la arena. El sueño. Cuentos. Había una vez un pueblo, era una vez el hombre.

Porque la primera hija de Felipe Franco se la ahogaron los perros, se la ahogó el horizonte en el mismo, vientre de su pobre mujer de Tacarigua.

Yo me llamo también Felipe Franco y estoy aquí, sin comprender que mi padre sea eso, un pueblo que se pudre hoy, que se pudrió ayer de ayunar los años. Yo no voy a morir de frío y mis hijos tampoco van a pudrirse así. ¿Es que los pueblos van a seguir pudriéndose?

**MALENO SE MURIÓ DE BOCESUELO GRANDE
CUANDO AUN ERA DE MARGARITA
LA CANCIÓN SALOBRE DEL YAGUAREY MADURO**

Muerto lo llevan. Le sellaron el pecho. Alguien se antojó de su alero y le quitó la luna.

Su muerte se redujo a seis días agonizando tapias, enfermo de anzuelos y de nazas perdidas.

Faña vistió una falda de cregüela negra un domingo o no sabe si lunes, que le prestaron para ir detrás del hombre que le sembró cardones y la preñó tres veces, seis veces, sesenta veces.

No salgas. No vuelvan a dolerme las noches sin tí, de campanarios.

Salió. Lentas cucarachas de azul marino llevan sus manos dormidas. Muerto lo ignoran.

Pero Faña lo espera cada lunes cerca de la tinaja grande donde bebía luceros. Y en el haz de leña donde escondía su amor de niña envejeciendo detrás del yaque último donde pusieron trampas de retama.

Después lo vio caer en la garúa, como pájaro enfermo de cañabravas rotas.

Lo encontró en la miel de la tierra, en el suspiro hondo, en el pretil de sus años rezando.

Cada martes lo espera con el segundo misterio gozoso de ella no sabe qué.

Cada jueves le enciende súplicas en aceite de coco, enmudecidas en ese rincón suyo de viejas telarañas.

Por una calle larga silban su entierro los guayacanes presos. Aquí hay un pueblo muerto. Encandilado. Roto. Vuelta leña su ramazón de siglos.

Maleno salió anoche y la encontró dormida. Besó el tesoro íntimo y ella en sueños llegó a la isla de antes. El prendió su fogón y ella puso las piedras en el sueño.

Muerto lo llevan. Alguien sintió como una pesadumbre silenciosa de ola. Pero no lo dijo.

Lo mató la piedra de moler que muele la historia de la pila. Alumbrado con luna cada jueves vive Maleno muerto. Como que parpadearon sus abrojos.

No mueras. Ya los invasores saben dónde escondiste la marejada más hermosa. Mejor duerme. Y se dormía con puro café negro, hilando oscuridades blancas, escamando las horas. A veces no se durmió con puro café negro. Le tejían sombras con los cantos del gallo que una vez ganó las peleas de sus sueños. ¡Gallo carajo! y de repente no era gallo. Era el agua, aguamanil con totuma negra y jabón azul.

Nadie va con él. Un solo ruido de alcayatas y la cobija negra, que préstame tu silencio, que ensíllame el dolor de la colmena en ruinas.

La alcayata adormece su procesión de sombras, las campanas se cansan de doblarle a los perros.

Tres veces doblaron largamente por él, mientras se perdía en la humazón que venía del techo de la iglesia.

Maleno se murió de tierra entre los ojos y Faña en el puerto coronada de espumas: Envileciéndose. Soñando con los muertos en orillas distantes, que soñaron gallos. Y con todos los gallos que sueñan muertos. Vendiendo tierra negra y curichaguas hechas.

Se murió de que le quitaran el conuco y la playa, la piel, el portillo húmedo de silencio. Y dijo que prefería estar muerto y no vivo en la tierra donde vendían mereyes fallecidos de hormigas.

El cura no encontró qué decirle a su cadáver-sábila, puesto allí, entre sus uñas. Nadie va con él. Se jodió, simplemente. Con humo verde en el ojo de la catarata amarilla.

Tuvo sed. Como pez de península olvidada.

Epifania recoge trinitarias moradas y las esconde porque quieren venderlas los que usurpan la tierra del pueblo encandilado y se esconde ella misma en el chinchorro, rezándose ella misma dame señor su descanso eterno.

Lo ha visto y ha oído que los perros no ladran al grito falso del alcastraz enfermo. Sus manos entonces de manteca y de tizne se aferran a las últimas hebras del chinchorro perdido en el aire sin rumbo, sin malojos.

Primero lo sacaron del patio donde la angustia le hizo chiqueros de distancia en el ombligo.

Está vivo aun. Respira y sin embargo se lo llevan muerto de malabares y un dolor de espuma tumba la cayena siempreviva de la oreja de Faña.

Borracho tropezó con un tractor que le quitaba sus cumberas de nácar. Se emborrachó y no vino viendo que el agua bostezaba por él. Faña puso por

él sus huellas en el papel sellado donde compraban suagua, sualma, sualmeja a condición de que por él harían misas y funerales los llegados a retratar la angustia de su cara-horizonte.

Faña teje hoy. Duele que teja tejas y teje que teje algún recuerdo mudo. Teje sardinas como araña que va quedando sola, sin solar.

Y borda los crespos de sus hijos sin playa porque hoy amaneció distinto. Hoy llegaron unos hombres distintos, con agallas inmensas.

Faña que no estoy muerto, sólo es este dolor de espaldas volviéndome cangrejo.

Ahora es un silencio oloroso a silencio de yaque viejo y mudo ante la tempestad de ese mismo silencio.

No se muere definitivamente, pero sabe a humo su muerte. A gotera salobre. A callejón de noche. A persignarse uno.

Se vino abajo el pueblo de guatacare el trompo y de barro el olvido. Un hombre insomne regresa con las redes desnudas y los dientes amarillos de luna y de tabaco y de luna y de tabaco y luna y de luna-tabaco y abrojos y partido que siempre perdió las elecciones.

Faña lo espera viva en la horqueta sin sueño donde fue su mujer frente a una luna inmóvil, donde le dijo que su sangre tenía sed de luceros.

El, grillo, se lo metió a la noche y ella enferma trató de respirar ladridos.

Ahora espera impaciente los domingos y llora que él salga y no acaricie la perdiz silenciosa de su virgo maduro.

Maleno limitó por el norte con su chinchorro de lunas imprecisas. Por el sur, con la oferta precisa de Carlos Piñerua, el de Fedepetrol. Por el este con llantos de moluscos y caminos.

Por el oeste, con vuelta a su jaula de perdices grandes y horizontes plateados de sardinas.

Por fin, por el sur se quedó mudo. Justo a tiempo de no ver el complejo turístico que proyectaron en su jaula de perdices inmensas.

Ahora no tiene mar. Lo sacaron de donde su esperanza hilvanaba bonanzas.

Ya la piedra no es piedra. Ni lo hondo es lo hondo.

Muerto no está. Simplemente, le quitaron el rancho y lo enterraron vivo, vuelto ruido de agua, totuma con garúas, agónico, sin la paz de los lirios, sin la paz de los lirios, sin la paz de los desvelos y el ruido desvelado desde pequeño enfermo y farallón cansado.

¡Seco pretenden enterrarlo mientras Faña recoge cundiamores y enhebra algodón para alumbrar sus quejas en aceite de coco...!

Impreso en los Talleres
de la Imprenta Oficial
del Estado Nueva Esparta

TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.

Transcripción, corrección, diseño y diagramación:

Licdo. Frank Omar Tabasca

frank_otl@hotmail.com

La Asunción, estado Nueva Esparta

Noviembre de 2023